

iii VAMOS, ES MONCAYO.!!!!

“Senemque Caium nivibus”

(Marco Valerio Marcial. Bilbilis.)

No es miedo.

Es respeto, admiración, y quizá sí, algo de temor. Pero no miedo a subir esa montaña mágica.

Y es ese temor el que me despertó en sueños nocturnos varios días antes de la gran cita. La primera cita del año para los socios del Club ReICAZ. Esa cita ineludible que todos los años tenemos con nuestro Moncayo. Es una tradición que he heredado y que no la asumo como carga, sino como algo natural, necesario. Es nuestra ofrenda a todos los dioses de las montañas al principio del nuevo año. Rendimos tributo y homenaje al padre Moncayo *“encanecido por sus nieves”*, como dijo el Bilbilitano Marco Valerio Marcial. Miramos al Pirineo y pedimos la protección del padre Moncayo.

Pero Moncayo no admite ofrendas vanas ni pone nunca fácil la subida. El año pasado nos expulsó de su lomo con la misma violencia con la que un gato se sacude las pulgas que le molestan. Así es Moncayo

Los desvelos quizá son porque siento la ilusión y las ganas de hacer cima, tanto de los veteranos como de los acólitos novicios oferentes. Pero Moncayo es siempre inesperado, muchas veces inhóspito y algunas, por desgracia, cruel. Siempre altivo y malhumorado cuando está despierto, conviene no importunarlo y subir con humildad y reverencia.

Moncayo es magia y poesía en Bécquer. Y para todos, como dijo nuestro José María Rodríguez: *“Una cima especial y distinta, singular por su nombre y por su leyenda”*

Así que subir en invernol, por el Cucharón, con nieve, crampones y piolet esta cima de apenas 2.314 m. y escasos 600 de desnivel, no es una simple ascensión como cualquier otra, es una

ceremonia, es una humilde ofrenda montañera y para todos siempre algo especial y mágico. Es sin duda una montaña mágica.

Y allí dispuestos en "inesperado" para mi y correcto orden de marcha, comenzamos los 16 compañeros y amigos, nuestro caminar por un bosque con los escasos restos de nieve que ha dejado la lluvia y alta temperatura de esta semana. Nos hubiera gustado ver ese bosque con su manto de nieve de otros años, pero nuestra cita a fecha fija es la que es y no depende de nosotros. Nos gusta más el Moncayo de pelo cano, pero esta vez estaba solo entrecano.

Es tradición de otros clubs poner un belén en la cima, sin embargo nosotros dejamos a Belén (Marín) en el bosque y proseguimos los 15 hacia el objetivo fijado.

En apenas 30 min, llegamos a la salida del bosque, era evidente que el grupo de "oferentes" era fuerte, y que las ganas de ver el Circo de San Miguel nos hicieron casi volar por el bosque húmedo y siempre bello.

Efectivamente la nieve era escasa y entre piedras, y la cota para calzar crampones era muy alta para ser enero. Mi preocupación por el estado de la nieve en la parte alta de la ascensión, comenzaba a calmarse. Caminamos por una errática canchallera de piedras, algunas resbaladizas por el rehielo nocturno y finalmente encontramos la clara senda de la subida directa por el cucharón, antiguo circo glaciar. Era nuestro camino y la dirección correcta. Ahora solo había que seguir las seguras pero incómodas pisadas de otros montañeros que habían abierto huella, gente madrugadora, que de todo hay.

Me seguía asombrando que el grupo siguiera en perfecta formación, sin que nadie hubiera intentado adelantarme o "inventado" su propio camino, y dejando atrás algún comentario (eso es inevitable) parece que la charlita del día de la Asamblea había surtido efecto. Ya veremos. Pero lo cierto es que hasta los más díscolos compañeros, otrora irreductibles e indisciplinados, seguían en su lugar. Quizá sea esa parte de la magia del lugar, esa entrada en el "templo de piedra" que intimida más que mis instrucciones. Pero las cosas como son y mi reconocimiento y agradecimiento a todos.

Tocó poner crampones a 2.050 m. No quise esperar a que la pendiente fuera mayor o la nieve más dura. En ese momento ciertamente no eran necesarios, pero conviene anticiparse porque cuando son necesarios ya hay que llevarlos puestos y siempre es mucho peor y más peligroso. El lugar no era el mejor, pero no supe ni supimos ver otro y la incómoda maniobra se hizo con profesionalidad

y supervisión de unos sobre otros. Sacamos casco y piolets y nadie puso quejas a mis instrucciones, o yo no las escuché, ¡¡ Increíble !!, pensé que me había equivocado de grupo, pero no, eran ellos. Para mi cada vez mayor tranquilidad, la nieve seguía sin estar dura pero nos quedaban lo peor y más inclinado y los crampones y piolet aportan mayor seguridad en la progresión en nieve.

Finalmente llegamos a la rampa final. Unos 100 metros de desnivel que llegan a los 45° de inclinación. Lugar de mis "desvelos" de entresemana al pensar que la nieve pudiera estar dura y algún compañero "blando" para la ocasión. Este es el lugar en el que con nieve dura o hielo, Moncayo por el cucharón, se convierte en una trampa mortal y el padre cruel no perdona el más mínimo error de nadie. La caída en ese lugar es casi imparable y no son pocos los expertos montañeros, bien pertrechados, que no han conseguido realizar con éxito la maniobra de autodetención y Pero la nieve estaba bien, y el sol brillaba en el cielo para todos. Seguimos los pasos del "bigfood" que nos había precedido abriendo una huella amplia y segura, pero quizá muy alta, por lo que en ocasiones iba haciendo un peldaño intermedio pensando que los que venían detrás lo iban a necesitar.

Llegando casi al final ya había conseguido alejar mis temores. Sentía que Moncayo nos recibía disipando a su vez la poca niebla para darnos su bienvenida y bendición al final del camino. Tanta era mi felicidad y alegría que llamé a nuestro más querido díscolo y "putabolero" para que pasara a ser el primero de la fila y alcanzara así el final de la pendiente. Buenas fotos y video nos hizo desde allí.

El resto del grupo alcanzamos la ansiada y soñada cima sin dificultad. Solo un poco de viento nos recordaba donde estábamos y nos hacía pensar que el padre, esta vez benévolo, nos recibía con agrado.

El vértice geodésico fue testigo de nuestra la euforia que veréis en las fotos y videos, y mientras el caldito de María Emilia entonó los cuerpos y reconfortó espíritus, otras escasas viandas reponían el esfuerzo de las 2 horas justas que tardamos en toda la ascensión. Un grupo fuerte y cohesionado de buenos montañeros. Mis más sincero agradecimiento a todos por su comportamiento y colaboración a favor del buen fin de la excursión.

Pero Moncayo es otra cosa y mucho más, como todos sabemos. Una siempre bella imagen de la Virgen del Pilar, sobre una sencilla columna, preside la amplia cima y en ella una placa dorada reza así:

*” Y en una tibia mañana de
claro amanecer, mirando
hacia levante del Pico de San
Miguel, se lancen mis cenizas y
cabalgando el en viento se
esparzan por mi tierra sobre
una brizna de Cierzo”*

Un día quise ser montañero porque quería subir a Moncayo, sin saber porqué. He subido muchas veces esta mágica montaña y todavía no sé porqué, ni porqué soy montañero. Pero algo sí que ya sé.

Sé, como el autor de esa frase, que quiero que Moncayo sea mi última montaña.

Quiero un día ser Cierzo y ser para siempre parte de ella.
No lo olvidéis, amigos.

Un abrazo.

Domingo Aguilar.

P.D. La citada frase corresponde a la canción “Sobre una brizna de Cierzo” del grupo aragonés “Vidriera Irreverente”. La placa que menciono sobre la columna de la Virgen está puesta en recuerdo de Rubén Martínez Sánchez, cantante de dicho grupo, fallecido a la temprana edad de 32 años.